

LA BATALLA DE MADRID

1 de marzo de 1939, miércoles

Pepe, el empleado de La Mallorquina que es amigo de Ceferino, que a veces nos trae víveres, ha venido para comunicarnos que su hijo único, de dieciocho años, ha muerto en el frente. Lo mató una bomba arrojada por un avión enemigo. Está muy pálido, vestido de luto y no ha podido contener las lágrimas. La abuela Dolores, Carmen y Juana lloran como Magdalenas y yo también. Luego nos ponemos a rezar.

Estoy leyendo *Desierto de piedra*, una novela de Hugo Wast, que he encontrado en la biblioteca de esta casa.

2 de marzo, jueves

En las pocas tiendas que hay abiertas la gente hace cola para comprar lo que se pueda y al precio que sea. Los comerciantes no quieren vender nada. Consigo unas medias.

Ceferino cuenta que han vendido un armario a Truyol, un cantante que está actuando en la zarzuela *Marina*, que se representa en el Teatro Pardiñas. Pagó con pesetas “que valen”, que Franco se ha comprometido a reconocer cuando gane la guerra. Julián le dice que por qué no le pidió unas entradas gratis para ver el espectáculo.

3 de marzo, viernes

Los periódicos hablan de la dimisión del presidente Azaña, que está en Francia. Diego Martínez Barrios, presidente del Congreso asume las funciones de jefe del Estado. Dentro de ocho días los diputados elegirán presidente de la República.

Dice Gregorio que se está negociando una “paz honrosa”, sin persecuciones para los que no tengan las manos manchadas de sangre. Que Franco lo ha prometido. También que el coronel Casado ha rechazado su ascenso a general y que Martínez Barrios lo ha destituido.

Julián se ha ido al teatro de La Zarzuela y viene entusiasmado hablando de la Pastora, de Miguel de Albaicín y del guitarrista de la Niña de los Peines.

4 de marzo, sábado

Dicen mis cuñados que entre hoy y mañana domingo se esperan grandes acontecimientos. Me lo tomo con calma porque desde que Franco ocupó Cataluña se viene hablando de que el fin de la guerra es inminente y que hay negociaciones secretas de paz. La gente está perdiendo la paciencia. Hace dos semanas, en uno de los bombardeos, la gente se puso a protestar

en el refugio lleno, criticando a Negrín y los que prolongan la guerra. Eso no había pasado nunca antes.

Algo debe de estar gestándose porque oigo por la radio de que el cardenal Pacelli ha sido elegido Papa. Me emociona mucho porque es el mismo que presidió las ceremonias del Congreso Eucarístico de Buenos Aires. Me parece estar aun escuchando su voz. Que las radios den una noticia semejante – y hace un mes habían dado la de la muerte del Papa Pio XI – resulta increíble, después de lo que aquí sucede desde hace tres años.

Al cerrar el portal, el portero nos dice que las tropas de Franco pueden entrar esta misma noche. “La guerra se termina...pero no sabemos cuando. La gente no puede olvidar los asesinatos del principio. Los fascistas tomarán represalias”.

Me acuesto sintiendo los bombardeos y ametralladoras del frente de la Ciudad Universitaria. El cielo está nublado.

5 de marzo, domingo

La noche ha sido tranquila, salvo uno que otro cañoneo y tableteo de las ametralladoras al que estamos tan acostumbrados.

Circula la noticia de que Cartagena se ha sublevado y que dos bandos republicanos luchan entre sí, los que quieren la capitulación inmediata, la paz ya, y los que sostienen que hay que seguir resistiendo. La radio anuncia que Negrín ha asumido plenos poderes y que está dispuesto a seguir resistiendo hasta que el fascismo sea vencido. Miro por la ventana y la gente camina tranquila, los tranvías van llenos. Un día normal.

Ha venido el amigo Betegón, que nos cuenta que en la legación de Panamá se han peleado los refugiados falangistas con los requetés, que uno ha estado a punto de ser arrojado por la ventana del quinto piso, a otro le han roto la mandíbula y su mujer, que estaba enferma, al ver lo que sucedía se ha vuelto loca. Que ante lo que sucedía llamaron a la Dirección General de Seguridad y un destacamento de policías entró en la legación previa autorización del Encargado de Negocios. Añade que en Cartagena se están matando a tiros entre republicanos y entre los asilados de derechas se pelean y tiene que ir la policía republicana a separarlos.

La tarde es tibia, casi primaveral. Felipe y Ceferino vienen del negocio caminando y dicen que no han visto nada raro.

En casa se juega al parchís. Se apaga la luz durante largo tiempo, pasan unas motocicletas y se escuchan unos disparos aislados.

Vuelve la luz y podemos escuchar la radio. Habla Julián Besteiro y dice que “Hay que saber perder con dignidad” y el coronel Segismundo Casado que afirma: “El pueblo español no abandonará las armas mientras no tenga garantías de una paz sin crímenes”. También habla Cipriano Mera, que me dicen mis cuñados es un albañil anarquista que dirige el II Cuerpo de Ejército: “España tiene desde hoy un nuevo gobierno cuya misión es la paz,

una paz honrosa, basada en la justicia y la hermandad. De cara a todos los traidores comunistas”. Dice cosas feroces contra Negrín “ un gobernante indigno de los combatientes y los trabajadores y de la sangre vertida generosamente por el pueblo”. Dice que Negrín y con “él los que apostaban por la resistencia abandonan sus puestos de manera vergonzosa, tras preparar una cómoda y lucrativa fuga, dispuestos a vivir en el extranjero como unos privilegiados”

Todos estamos reunidos en torno a la radio, emocionadísimos y hablamos hasta tarde.

6 de marzo, lunes

Poco después de levantarnos se corta la luz cuando Felipe tiene la cara llena de jabón porque está afeitándose. A tientas buscamos unos cabitos de vela y fósforos. La casa a oscuras tiene un aire muy triste.

Compramos Castilla Libre, que es el único diario que aparece los lunes. Da cuenta de la constitución del Consejo Nacional de Defensa y publica íntegros los discursos pronunciados anoche; algunas palabras que escribí antes de acostarme no eran exactas. La radio funciona toda la mañana hablando de lo que está sucediendo. Tenían razón los que decían hace dos días que se iban a producir acontecimientos importantes.

Me asomo a la ventana Hay ametralladoras en la esquina de la plaza, están poniendo carteles, pasan cañones tirados por caballos. Los socialistas de la casa de enfrente han cerrado sus puertas y bajado las persianas.

Gregorio llega a casa. Ha pasado un buen susto. Al llegar a la Castellana lo pararon en un control de milicianos. Junto a ellos están dos blindados.

-¿Dónde vas?-

- Mi casa es la de ahí, señaló-

No debieron creerle y le dijeron.

-¿Eres de los nuestros?

-Si, soy de los vuestros.

¿Y quiénes somos los nuestros?

Gregorio pensó que se jugaba la cárcel a cara o cruz y dijo

-Del coronel Casado.

Y le dejaron pasar.

Resulta que en el chalecito que está en Hermanos Bécquer esquina Pinar se han atrincherado los comunistas.

Los de la CNT han hecho una barricada y están apuntando hacia allí. Tienen bombas de mano hechas con latas de leche condensada, según nos escribió Gregorio, todavía no repuesto del peligro que había corrido.

Cuenta Julián que el general Miaja, que es el jefe militar del Consejo de Defensa, Julián Besteiro el ministro de Estado, el coronel Casado de Defensa, y el socialista Wenceslao Carrillo el de Gobernación se han instalado en el sótano del ministerio de Hacienda, en Alcalá cerca de Sol.

Por la tarde, en la Castellana, en una azotea unos milicianos están colocando sacos de arena. Nos cuentan que en los Altos del Hipódromo están llegando tropas y que en Serrano hay carabineros y soldados.

Al entrar la noche sabemos que los edificios en construcción de los Nuevos Ministerios han sido ocupados por tropas comunistas y que los cañones que ví pasar por la mañana eran para apuntar contra ellos.

De pronto estalla cerca de aquí un tiroteo, se escuchan disparos de cañón. La gente corre por la calle. Bajamos las persianas. La radio dice que se va a mantener el orden con toda energía, que los comunistas están intentando perturbarlo pero que serán aplastados y rigurosamente castigados.

Oímos camiones que llegan a la calle Hermanos Bécquer y vemos por las ventanas de la cocina sombras que se mueven y que están apilando sacos de arena.

Estamos casi sin carbón y leña y hace frío.

7 de marzo, martes.

Con las primeras luces volvemos a mirar por la ventana de la cocina. Siguen llegando camiones, están cavando una trinchera y haciendo una barricada con los sacos de arena. La situación se agrava. Por la radio dice que batallones de comunistas intentan entrar en Madrid, que la situación es grave y que hoy será un día de luto en Madrid”. Decimos a Felipe y los hermanos que lo mejor es quedarse en casa.

Poco después empieza un combate al lado de casa. Cañonazos, las balas silban las ametralladoras resuenan. Nos retiramos de la parte de la casa que da a la calle Hermanos Bécquer y nos cobijamos en las habitaciones del interior, que consideramos más seguras. La radio dice que nadie salga a la calle a partir de las 11 y media de la mañana. Habla el general Miaja, que preside la Junta de Defensa Nacional para desear que con la mayor rapidez se concierte una paz digna. Las sirenas anuncian aviones.

Por las rendijas vemos el cadáver de un hombre muerto en la calle Hermanos Bécquer y cerca un caballo, herido, chorreando sangre. Parece que en la esquina de nuestra calle, General Oraá, hay otro caballo tendido, en medio de un mar de sangre, un coche incendiado del que unos de la Cruz Roja sacaron a un hombre.

El combate dura tres horas. Se oyen voces de “Alto el fuego” y cesan los disparos. Después llegan carros de la Cruz Roja y se llevan muertos y heridos en camillas. Estamos asustados. Hasta los niños están en silencio.

De pronto la radio dice: Intermedio, y se escucha un foxtrox.

Nos asomamos a la ventana de la cocina con mucho cuidado y vemos unos comunistas a los que se llevan presos; todos son muy jóvenes. Los soldados nos gritan que nos retiremos. Por las ventanas del otro lado de la casa vemos pasar unos tanques que bajan hacia la Castellana.

A las 2 de la tarde la radio dice que “ya se puede circular libremente por las calles”. Los camilleros retiran al muerto que estaba tendido desde ayer en la calle Hermanos Bécquer.

Me parece que no sucede lo mismo en Recoletos, donde hay una lucha entre blindados de uno y otro bando.

Los anarquistas han ocupado los edificios de la Telefónica, el ministerio de la Guerra, de Gobernación y el Banco de España. Se lucha en Atocha y en Tirso de Molina.

La radio dice que Negrin, La Pasionaria y Álvarez del Vayo han huido en aviones a Francia, desde el aeropuerto de Monovar.

En la Castellana, en la plaza de Castelar están instalando ametralladoras y hay soldados cuerpo a tierra, apuntando hacia Hermanos Bécquer. Oímos algunos disparos. Nos dicen que el asalto comunista no ha terminado del todo, que quedan todavía algunos focos. Sobrevuelan Madrid algunos aviones republicanos, los que llaman “la gloriosa”.

Las noticias de la radio son contradictorias.

Al atardecer se reanudan los combates. Por el sonido calculamos que vienen de Cuatro Caminos o mejor de los edificios en construcción en Nuevos Ministerios que habían ocupado los comunistas.

Ponemos algunos muebles para proteger las ventanas de nuestros dormitorios. Nadie duerme en casa.

8 de marzo, miércoles.

Oigo cantar un gallo y el quiquiriquí de otro más lejano. Se diría que estamos en Veinticinco de Mayo y que todo es paz y felicidad.

Escuchamos la radio mientras tomamos el café. Dice que el general Miaja está paseando por la Gran Vía y que el público cuando lo ve le aplaude y vitorea. También que la rebelión está dominada y que los focos de resistencia deben entregar las armas y rendirse antes de mediodía. Uno de esos focos está en el chalet de las Juventudes Socialistas Unificadas, en la calle Hermanos Bécquer dónde tanto se ha luchado.

El portero nos enseña una de las hojas que un joven miliciano comunista ha ido tirando por delante de nuestro portal. Llama traidor a Casado y dice que “pretende entregar España a los invasores fascistas” pero que “no lo conseguirán”. Pasan guardias que suben a nuestra casa y nos ordenan no salir. Enfrente han instalado dos tanques.

Pasamos las horas con la radio puesta, que no dice nada. Tenemos los nervios rotos. El coronel Casado repite que “La situación está dominada pero quedan algunos focos por reducir”. ¡Bien lo sabemos nosotros! Entre declaraciones, advertencias y noticias, escuchamos pasodobles, fandanguillos. De pronto la voz del locutor: “Atención. Atención”. Rodeamos anhelantes el aparato. La voz anuncia “La viejecilla” de la zarzuela del mismo nombre.

Mi cuñada Carmen se desploma en un sillón. La abuela Dolores lagrimea, Ceferino se pone frenético.

Vamos a cenar: lentejas y caldo, para variar. De pronto resuenan unos cañonazos y un tiro golpea la persiana Ponemos un colchón viejo como parapeto.

9 de marzo, jueves

A las cuatro de la mañana estalla una bomba que estremece nuestra casa y a las nueve empieza el combate: morteros, ametralladoras, sirenas, aviones, bombas. Los chicos no quieren salir de sus camas. Tenemos bajadas todas las persianas que dan a la calle. Oímos que algunos de los balazos de los comunistas acuartelados en la sede de las Juventudes Socialista Unificadas dan contra las paredes de nuestra casa. Los aviones republicanos bombardean el edificio desde muy escasa altura. Un nuevo peligro para nosotros. Tenemos miedo. El miedo es contagioso pero el peligro es indudable porque se combate a cincuenta metros de casa. Con el ruido apenas podemos escuchar lo que dice la radio: “Se han agotado todos los esfuerzos para convencer a los comunistas que se rindan por lo que el gobierno se ve obligado a utilizar los medios de que dispone para reducirlos”. El combate dura todo el día, salvo pequeños intervalos de calma.

La radio dice que cuerpos del ejército republicano avanzan sobre Madrid y que se producen numerosas defecciones entre los comunistas, que están cercados en la plaza de toros de Las Ventas. ¿Quién hubiera imaginado hace unos días que iban a ser los republicanos los que vendrían a liberarnos?

Entre una y otra noticia la radio emite canciones interpretadas por La Argentinita.

Una bala alcanza la ventana de la cocina.

Sobrevuelan la capital una y otra vez los aviones de Franco observando lo que sucede. Los antiaéreos disparan contra ellos pero solo de vez en cuando.

A las cinco y media de la tarde habla el coronel Casado: “Ha llegado el momento de no tener consideración alguna con los sublevados, a los que hemos querido tratar como hermanos, siendo estéril nuestro esfuerzo. Madrileños, estad tranquilos porque la normalidad es cuestión de horas”.

Desde luego tú no estás aquí, dice la abuela Dolores.

Una bala perfora la persiana y llega hasta el pasillo. Todos nos trasladamos más al interior, cerrando las puertas.

A las siete de la tarde comunican que ha sido liberada la “posición Jaca”, en la Alameda de Osuna, y hechos prisioneros mil cuatrocientos rebeldes.

10 de marzo, viernes

La noche ha sido sorprendentemente tranquila y amanece un día soleado. A través de las persianas vemos civiles, hombres y mujeres, que caminan por la calle.

Hasta la una de la tarde apenas se escucha uno que otro disparo aislado. Un amigo nos trae pan. Se ha arriesgado por nosotros. Nos dice que los comunistas de la plaza de Salamanca se han rendido. El amigo nos trae El Socialista, donde se escribe que “Los comunistas sediciosos se revelan como los mejores auxiliares de Franco”.

La radio pide que los que resisten en otros focos hagan lo mismo, que piensen que nunca saldrían victoriosos de su loca aventura, con la que lo que han posibilitado es que Franco pudiera entrar en la capital y serian arrollados en poco rato.

Oímos que los comunistas llegados desde Barajas y Canillejas que habían ocupado la plaza de toros y alcanzado la plaza de Manuel Becerra han sido derrotados. Más tarde sabemos que dos centenares consiguieron infiltrarse hasta la Puerta de Alcalá. Los anarquistas recuperaron Unión Radio y el Gobierno Civil en la Castellana.

Se combate en la glorieta de San Bernardo, donde los comunistas atacan un local de la CNT. También se lucha cerca del Retiro.

Han vuelto a circular los tranvías por el distrito de Buenavista..

11 de marzo, sábado

Dos blindados se han estacionado en la esquina de Serrano y López de Hoyos, apuntando a un edificio de la calle José Abascal donde se han hecho fuertes los comunistas, defendidos por otro tanque.

En la sede de las Juventudes Socialistas Unificadas, en la esquina de Pinar, el combate empieza a la una y media de la tarde y no cesa hasta la noche. Estamos reclusos en las habitaciones y salones que dan a General Oraá, que son las más seguras.

Pasan aviones de “La Gloriosa”, arrojando octavillas en las que se invitan a rendirse a los comunistas cercados. Los que se han rendido son los que estaban entre el Retiro y el Museo del Prado y tenían allá un grupo de prisioneros.

Desde temprano se ha reanudado la lucha. Parece que el chalet de Hermanos Bécquer esquina a Pinar es el último foco de resistencia comunista.

Silban las balas, tabletean las ametralladoras. Toda la casa retumba. Se diría que sucede en la habitación de al lado. Las tropas de Casado avanzan sobre Hermanos Bécquer desde Serrano y por Pinar. Un vecino dice que hay un comunista herido y poco después la Cruz Roja se acerca a él agitando la bandera blanca. Llegan cuatro tanques más a los alrededores.

12 de marzo, domingo

Anoche terminaron los combates. Parece que los comunistas intentaron aprovechar la oscuridad para escaparse. Los que no pudieron se rinden a las ocho y media de la mañana. Entran en el edificio los soldados de Miaja, que tienen un brazalete en el brazo izquierdo y sacan algunas armas, máquinas de escribir, cajas de víveres. Los chicos se asoman a la ventana para ver cómo cargan los camiones. Julián y Ceferino se acercan al edificio y hablan con los soldados. A la vuelta nos cuentan que los faroles de las calles están destrozados, que en la Castellana había un tanque medio quemado, con un cadáver carbonizado dentro.

Que los soldados les han dicho que también se han rendido los que estaban en los Nuevos Ministerios, pero quedan algunos “pacos” o grupitos que resisten en Tetuán, Chamartín y Fuencarral.

Por la tarde un individuo que estaba escondido hace un disparo y el miedo vuelve a nosotros. Pronto se ve que es uno solo y que lo persiguen numerosos soldados.

Por fin esta noche podremos dormir tranquilos.

13 de marzo, lunes

La radio dice que del cuartel de las Juventudes Socialistas Unificadas han sacado cajones llenos de alhajas, cincuenta aparatos de cine sonoro, cuadros, esculturas y una espada cincelada en oro con piedras preciosas que perteneció a no sé qué general. Habrá sido durante la noche, porque nosotros lo que vimos ayer fue que sacaban cajones con víveres, máquinas de escribir, ropa y armas.

La tarde está soleada y le digo a Felipe que lo acompañaré unos cuantos días, cuando se vuelva al negocio. Vamos por Diego de León hasta Velázquez. Al regresar veo carteles medio arrancados con fotos de Negrín y Alvarez del Vayo invitando al pueblo a resistir al fascismo. Pasa un carro fúnebre camino del cementerio, que lleva un cajón grande y otro chiquitito, sin duda una madre y un niño recién nacido.

Señales de metralla y de obuses; suciedad. Qué ruina todo.

Me siento muy triste, tengo ganas de llorar. Pienso en mi hijito y en mamá. Qué mal hicimos en venirnos de Argentina. Con lo felices que seríamos en Veinticinco. Hay días en que me siento muy sola, extranjera en este Madrid. Veo una iglesia con las paredes ennegrecidas por el incendio; cerrada, convertida en almacén. Allí habría encontrado paz y silencio. Me meto en un portal para llorar. Me da vergüenza hacerlo en la calle, aunque en estos tristes tiempos he visto llorar a mucha gente en la calle.

14 de marzo, martes.

Nos visita Miguel Betegón, dirigente de Izquierda Republicana, que está bien informado. Nos cuenta que hace casi dos semanas Argentina,

Inglaterra y Francia han reconocido al gobierno de Franco y que hemos corrido un gravísimo peligro, porque al reconocer a Franco perdimos la protección del gobierno argentino y que los comunistas podrían haber asaltado nuestra casa si hubieran triunfado. Ahora podemos estar tranquilos ya que Besteiro y Casado están negociando la paz y no les importa la situación de los asilados en las embajadas y pisos.

Las cosas no se venden, se cambian; volvemos a los tiempos del trueque. El dinero que circula no vale nada. Pero hay unos billetes que llamamos “buenos” porque Franco ha dicho que los reconocerá como de curso legal. Felipe y Ceferino no venden nada si no les pagan con esos billetes “buenos” y tienen ya un buen montón.

Julián se ha ido al cine Goya y vuelve diciendo que al salir cayeron cerca unos obuses y que la gente se refugió en el Metro abriéndose camino a puñetazos.

15 de marzo, miércoles

Casado ha recibido a los periodistas extranjeros y les ha dicho que no se propone seguir la lucha, sino lograr una paz honrosa y que no haya represalias.

Los alemanes han entrado en la Republica Checa y los húngaros en Ucrania. En la mesa los hombres dicen que los ingleses y franceses no van a permitirlo y que es inminente una guerra mundial. No entiendo todo eso, pero me encierro en la pieza a llorar. ¡Qué error hicimos viniendo a esta Europa donde solo hay guerras y matanzas! Y lloro pensando en mi hijo y en mamá, tan lejos.

Han empezado a juzgar a los jefes responsables de la sublevación comunista. El coronel Barceló, que era el jefe del Ejército del Centro en la revuelta y su comisario político, Conesa, han sido fusilados en las tapias del cementerio del Este, dice la radio.

Cuentan que vuelven a “dar paseos”, venganzas personales entre anarquistas y comunistas, Que en el Retiro han aparecido dos mujeres y un hombre muertos. Incluso dicen que han dado el “paseo” a 17 personas.

16 de marzo, jueves

No se habla de otra cosa sino de las negociaciones con Franco. Dice Gregorio que Casado quiere terminar la guerra sin perder tiempo, pero que el problema está en que pide que antes de que entre Franco puedan ser evacuados de Madrid y salir de España unas diez mil personas, entre las que debe haber muchos comunistas indeseables.

Un comunicado del Frente Popular equipara a los comunistas con los fascistas.

Julián se fue anoche al Teatro Variedades. Él no puede pasarse sin sus coristas y cupleteras. Dice que no había localidades, que todos los teatros y

cines están llenos, como ocurría antes de lo que acabamos de vivir. De todos modos un amigo de la puerta le dejó entrar sin billete a ver a Paquita Almería. Julián prefiere el Variedades, el Calderón o el de la Zarzuela.

17 de marzo, viernes

Hoy Julián se ha ido al Palacio de la Música a ver una película titulada “Desfile de primavera”, que se desarrolla en Viena, entre bailes y escenas de amor. Al terminar, como de costumbre, se canta el Himno de Riego. Según Julián fueron pocos los que levantaron el puño.

Los comunistas han asesinado a tres coroneles y un comisario, lo que ha producido una honda indignación, porque eran “leales servidores de la República”. Se ha efectuado el entierro con gran solemnidad y una muchedumbre ha vitoreado al Consejo Nacional de Defensa. Qué mundo de locos, una guerra dentro de otra guerra.

18 de marzo, sábado

Julián Besteiro y el coronel Casado se han instalado en la Presidencia del Consejo, en la Castellana. Parece que no temen que vuelva a haber bombardeos. Lo dice el periódico que anuncia que han sido suprimidas las tres estrellas rojas de los gorros de militares, porque tenían un “significado estalinista”.

Ceferino anduvo hoy por la Puerta del Sol, la calle Postas y la plaza Mayor. Había mucha gente paseando tranquilamente.

19 de marzo, domingo

Vuelan unos aviones, pero no tiran bombas sino unos papelitos. Felipe trae unos a casa: “Españoles: No más sangre, unámonos en una sola bandera, la de nuestra historia, la roja y gualda, la de Franco y gritemos todos Viva España, una y grande, Arriba España, Viva Franco”.

20 de marzo, lunes

Se dice que en el Retiro todos los días aparecen cadáveres, que son comerciantes. También que muchos soldados abandonan el frente y se vuelven a sus casas. Mientras la situación internacional es cada día más grave por las invasiones alemanas, que ahora amenazan Rumania. No hemos salido de una guerra y podemos ya estar en otra.

En todos los cines hay colas interminables de gente. Se venden todas las localidades.

21 de marzo, martes

Los hermanos han ido a la casa de la calle Las Torres y vuelven contando que en Círculo de Bellas Artes están detenidos muchos comunistas, que se

asoman a las ventanas e incluso se suben a las cornisas para ver a sus familiares, agolpados en la calle de Alcalá, que les hablan a gritos.

22 de marzo, miércoles

Esta mañana suenan las sirenas, como todos los días. Los aviones pasan entre la indiferencia general, porque saben que ya no tirarán bombas. Los hermanos han ido a pasear por la Gran Vía, gozando de un sol primaveral.

23 de marzo, jueves

Siguen sonando las sirenas de alarma, pero nadie baja a los refugios. Los aviones dan vueltas encima de nosotros.

24 de marzo, viernes

Nos cuentan que los soldados abandonan en masa el frente. Salgo de paseo por Serrano, caminando bajo un cielo tormentoso. Los chicos han pasado la mañana en la glorieta de Castelar, jugando. Por supuesto a la guerra. No saben hacer otra cosa. Construyen parapetos y trincheras con las piedras y ladrillos que hay en la calle, de los edificios destruidos por los bombardeos o dañados por la batalla de hace dos semanas.

25 de marzo, sábado

Me han despertado las sirenas, pero me quedo en la cama un rato. Los chicos están excitados y el griterío dura toda la mañana.

26 de marzo, domingo

Como de costumbre los aviones, las sirenas y algunos antiaéreos que disparan pero para otros lados.

27 de marzo, lunes

Julián ha venido con un par de docenas de huevos, cuatro kilos de arroz y un kilo de carne. Los ha conseguido, como otras veces, de ese amigo que trabaja en Maiquez, en las cocheras de Campsa. Se ha cruzado con milicianos que iban con maletas y mantas. Volvían a casa. Gregorio dice que en la Ciudad Universitaria los soldados de uno y otro bando se abrazan e intercambian noticias.

Por la noche se apaga la luz y nos quedamos cuatro horas sin radio, con gran desesperación de todos porque sabemos que esta noche es decisiva.

28 de marzo, martes

Un día histórico. Somos libres se oye gritar en la escalera y en la calle. Los regulares han llegado a la Puerta de Toledo y los requetés han izado banderas monárquicas en el Capitol y el Palacio de la Prensa.

Vemos pasar por la Castellana un camión con la bandera bicolor, con soldados que hacen el saludo fascista.

Todo el mundo está en las ventanas. En dos o tres han puesto la bandera monárquica, en otras colgaduras y mantones de Manila.

Es una locura, un delirio. Gritos de Franco, Franco, Franco.

Pasan mujeres que se han puesto en el pecho escarapelas rojas y gualdas.

Por la noche los tranvías también llevan banderas y flamea en la Presidencia, al inicio de la Castellana. Otras tropas han entrado por el Puente de los Franceses y llegado al Paseo Rosales y la Cárcel Modelo.

En Unión Radio el himno nacional monárquico, constantes gritos de Arriba España y Viva Franco y pasodobles.

29 de marzo, miércoles

Los chicos han ido a los Altos del Hipódromo y vuelven con panes, pan blanco, que están repartiendo desde camiones unos hombres y mujeres vestidos de falangistas.

Me cuesta hacerme cargo de que por fin ha llegado la paz y que pronto veré a mi hijo y a mi madre.

Concepción Olabariaga